

Enviado original a D. Pedro J. Ramírez (28-9-1979)

097/047/017

KISSINGER, la OTAN y la seguridad  
de Europa

Mientras los Estados Unidos gozaron de una decisiva su perioridad nuclear -dice en resumen Kissinger- la seguridad de Occidente estuvo garantizada, pues podían destruir impunemente la Unión Soviética. Pero hoy las cosas han cambiado, al poseer los rusos un gran arsenal nuclear. No es la relación cuantitativa lo que influye -y esta es una observación importante- sino la distin ta configuración de los dos arsenales enfrentados. El norteamericoano está concebido para destruir ciudades: por temor a esta re- presalia los rusos se abstendrán, lógicamente, de desencadenar una agresión. El arsenal soviético, sin perjuicio de su plena aptitud anticiudades, se ha especializado en una capacidad contra las fuer- zas estratégicas americanas. Todavía no la poseen suficientemente, pero están a punto de lograrlo. En segundo lugar, los rusos tienen una especialización regional: pueden batir nuclearmente los objeti- vos militares y civiles de Europa Occidental -armas de teatro- sin que los europeos tengan una capacidad análoga. En estas circuns- tancias, si los soviéticos lanzasen un ataque nuclear contra las fuer- zas estratégicas en Estados Unidos y/o contra los objetivos milita- res en Europa, la única respuesta posible americana sería contra las ciudades soviéticas. Ello provocaría una contrarréplica soviética contra las ciudades americanas. Sería el suicidio mutuo. De don- de se deduce que los americanos se abstendrán. El arsenal ameri- cano, pues, existe, pero es inútil por falta de objetivos válidos. Y, además, es o va a ser pronto vulnerable.

.../...

Consecuencia fundamental: los americanos ya no están en condiciones de dar a los europeos una garantía de que en caso de agresión rusa contra Europa replicarán contra la URSS con una utilización masiva de armas nucleares. Ni material ni lógicamente es posible. Y como resultado, la disuasión se derrumba, arrastrando consigo todo el sistema de seguridad de Occidente -la Alianza Atlántica- cuya piedra angular es la disuasión.

¿Tiene remedio esta situación? Sí, dice el ex-Secretario de Estado. Si los misiles americanos son o van a ser vulnerables, hay que reemplazarlos por otros invulnerables; si hoy no pueden destruir a sus homólogos soviéticos -únicamente ciudades- hay que adquirir una capacidad antifuerzas; si en Europa no hay armas de teatro contra objetivos militares del Pacto de Varsovia, hay que instalarlas. Pero además, y esto es fundamental, no basta con las armas. Es preciso poseer una doctrina de empleo que permita emplearlas.

En suma: sustitución de armamentos, abandono de la disuasión fundada en el suicidio mutuo, armas de teatro en Europa, nueva doctrina de empleo no contra ciudades sino contra objetivos militares. Y que los europeos abandonen su secreta ilusión de que en caso de guerra ésta se reduzca a una confrontación EU-URSS mientras ellos quedan al margen. Seguirá habiendo garantías americanas, pues ello corresponde con los intereses de Estados Unidos, más no pueden ser absolutas.

A estas ideas de Kissinger cabe formular algunas correcciones.

Todo el mundo está de acuerdo en la mayor vulnerabilidad de los 1054 misiles americanos instalados en tierra, a medida que los rusos mejoren imparablemente en los próximos años la precisión de los suyos. Pero siempre hay un margen de incertidumbre al respecto, por la razón, entre otras muchas, de que las armas nucleares no han sido nunca probadas en condiciones reales. Por otra parte, en Estados Unidos se llevan años dándole vueltas a este problema, y la solución se sabe desde hace tiempo que es instalar misiles móviles, para que no haya modo de acertarlos. El Presidente Carter acaba de dar la orden de construcción. Lo de que los americanos no tengan capacidad para batir los misiles soviéticos y sólo las ciudades es harto discutible. Es una cuestión de precisión en el guiado de los misiles: cuando se alcanza cierto grado de precisión ya se tiene la posibilidad de dirigirlos contra los silos adversarios, además de contra las ciudades. Respecto de las armas de teatro en Europa, es cierto que la URSS tiene un arsenal cada vez más amenazador, pero también lo es la existencia de las famosas 7.000 cabezas nucleares tácticas de la Alianza. La mayoría son perfectamente inútiles, cosa reconocida, pero quedan las otras. Y, además, está empezando la modernización de las armas de teatro occidentales.

Por lo tanto, hay que desdramatizar un poco las afirmaciones del Dr. Kissinger.

.../...

Queda la magna cuestión de la garantía de los Estados Unidos a Europa. La verdad es que jamás los Estados Unidos han dado garantías formales.

Ni por su ordenamiento constitucional ni por la naturaleza cambiante de las situaciones, están los Estados Unidos en condiciones de dar garantías específicas formales. Pero han ido más allá. Se han insertado en un escenario, el de la seguridad europea, en el que su presencia, reforzada por determinadas medidas concretas, es una prueba por la vía de hecho de que su propia seguridad es solidaria de la de Europa Occidental y que, en consecuencia, tendrán que hacer cuanto esté a su alcance para amparar a esta última en interés de la suya propia. Mientras tuvieron una superioridad nuclear decisiva era lógico que la hubieran empleado, llegado el caso, y así lo entendió todo el mundo, incluida España al firmar los Acuerdos de 1953.

Más tarde, por la fuerza del cambio de las cosas, el recurso al arma nuclear total se ha convertido en una imposibilidad pues dada la paridad entre las dos superpotencias no hay modo material de emplear el arma atómica para conseguir la victoria, y es una insensatez porque tal empleo conduce a la destrucción mutua.

La idea de una garantía total americana hace mucho tiempo que perdió validez en cualquier planteamiento racional y objetivo. Carece de sentido. Pero se mantiene como añoranza. Contra esto es contra lo que arremete Kissinger. Y junto con ello contra lo que él llama "el secreto sueño de los europeos" de que si hay una guerra la hagan los americanos y soviéticos, quedando Europa al margen.

Hasta aquí, lo que dice Kissinger. Ha expuesto la deficiente disposición del arsenal nuclear occidental y ha ofrecido unos remedios. Pero queda un segundo tramo, cuya existencia ha señalado agudamente, si bien lo hace de pasada y sin entrar en detalles. Se trata de la doctrina de empleo. De poco sirve un arma si la doctrina de empleo falla. Kissinger no apunta soluciones en este segundo aspecto.

Doctrina de empleo, tratándose de armas nucleares, es algo más que unas normas de utilización militar. Es, sobre todo, la suprema decisión política de recurrir a ellas, con las tremendas consecuencias e incertidumbres que ello entraña. Esa decisión no puede ser compartida con otros, ni tampoco cabe que terceros países hagan delegación para que se utilice en su nombre, sin que en uno y otro caso haya una renuncia a regir el propio destino nacional, a ser soberano. Y no en términos de soberanía teórica, sino en el muy práctico de jugarse la existencia física. ¿Cómo encajar esto en el marco de una alianza multilateral? He aquí en lo que desemboca la alusión aparentemente inocua de la doctrina de empleo.

Para obviar la contradicción se ha recurrido en la Alianza Atlántica a una fórmula que no satisface a los europeos, pero a la que se han resignado. Consiste en que los Estados Unidos tengan el monopolio absoluto de las armas estratégicas, directamente orientadas contra la Unión Soviética. Para las armas tácticas, que en principio no llegan hasta la URSS y que se emplearían en el campo de batalla europeo, los Estados Unidos han cedido una parte a los aliados en régimen de doble llave: cada aliado podrá utilizar las suyas cuando lo crea oportuno y bajo su responsabilidad, pero siempre que los Estados Unidos den la previa autorización.

Esta fórmula es aceptable para las armas estratégicas, que corresponden a la confrontación directa entre las dos superpotencias y en la que los demás aliados ni pueden ni quieren intervenir. El problema se plantea con las armas tácticas. Dada la configuración del teatro europeo es posible que hubiera que utilizarlas contra el territorio de otro aliado, o contra el propio territorio. También es posible que su utilización por determinado aliado no sea aceptable para otros sobre la base de que ello puede provocar una respuesta nuclear soviética contra todos. Por otra parte, los actuales tipos de armas tácticas se consideran demasiado potentes para un empleo estrictamente militar. En fin, el mecanismo de consultas para tener la autorización de empleo parece incompatible con las exigencias de rapidez en las decisiones en el campo de batalla, máxime cuando se calcula que el proceso de consultas toma unas 36 horas al menos. De ahí las serias dudas que hay en la Alianza sobre el valor de las armas tácticas.

Queda, por otra parte, la cuestión de las armas de teatro. Su distinción con las armas tácticas es cada vez más borrosa. Digamos que son unas armas tácticas de mayor alcance, que desde Europa Occidental llegan hasta la Unión Soviética, y viceversa. Rusia tiene un potente arsenal de esta especie pero el de los europeos es muy inferior. De ahí su temor a que la URSS lo emplee en caso de guerra contra objetivos militares o civiles de Europa Occidental sin que Estados Unidos hagan nada a fin de no provocar una escalada que comprometa directamente a Norteamérica. Temor que también puede darse en tiempo de paz ante el potencial de chantaje que este desequilibrio genera. El remedio no consiste únicamente en fabricar misiles europeos de teatro. Hay que saber cómo se utilizarán, quién

.../...

y cómo asume la responsabilidad de dispararlos contra la URSS. O, sin llegar a tanto, quién acepta la responsabilidad de tener armas tácticas o de teatro en su territorio, con riesgo de que la URSS lo considere una provocación. Se recordará a este respecto que los escandinavos no las aceptan en tiempo de paz, que la bomba de neutrones (un arma táctica con mejor aptitud para su empleo de hecho) fracasó porque -entre otras cosas- algunos aliados europeos no la querían y, en fin, ya estamos viendo las dificultades para que ciertos europeos acepten en su suelo los futuros misiles de teatro.

Tal es el problema de la doctrina de empleo. ¿Cómo hallar una fórmula que haga posible el empleo de armas tácticas y de teatro en una alianza multilateral? ¿Cómo hacer compatible esto, a su vez, con el monopolio de las armas estratégicas que los Estados Unidos en todo caso van a mantener? La llamada "modernización" de las armas tácticas y de teatro no se queda en una mera cuestión -relativamente fácil- de tecnología, sino que ha de ir acompañada de una doctrina de empleo válida, en lo militar y en lo político.

Kissinger calla sobre todo esto. Por mi parte pienso que la mejor fórmula ha de orientarse en el sentido de un refuerzo de la solidaridad interaliada, que elimine diferencias entre los miembros y asegure la unidad y eficacia de las decisiones. Al precio, naturalmente, de una reducción de la libertad de cada aliado.